

## ORACIÓN QUINARIO HDAD DE LOS ESTUDIANTES

07.02.23

Hola, Señor. Aquí me tienes de nuevo. Vengo como cualquier otro día, solo que hoy no regreso con una maleta cargada de diccionarios ni tampoco con las prisas que alumbran cada instante de mi vida, aquellas que solo Tú sabes disipar cuando entro en esta capilla.

Sabes que la rigidez siempre ha tenido hueco en mi vida y que cuando estoy frente a ti solo tres palabras salen de mi boca: *Gracias, Perdón y Por favor*. Así. De manera sistemática y casi sin reparar en lo que estoy diciendo.

Es muy difícil escucharte cuando todo lo que tenemos a nuestro alrededor es ruido. Un ruido que nosotros mismos buscamos. Un ruido que no callamos aun estando en nuestra mano el hacerlo. Un ruido que ensordece y que nos aleja de la mano que cada día Tú nos tiendes. Un ruido que castiga nuestra fe y que solo podemos enmudecer mediante la oración.

Pero es que estoy aquí, de rodillas frente a ti y no sé qué decirte. No sé cómo orar. Hoy no. En ocasiones llego y te cuento mis preocupaciones y desasosiegos, pero hoy me siento paralizada y no sé ni cómo mirarte. Quizá hoy sea uno de esos días en los que deba callar para escuchar lo que tengas que decirme. Adelante.

“¿Padre? ¿Dónde estás? No te escucho. No te veo. No te siento.”

Mis ojos inquietos buscan algún lugar donde anclar la vista mientras miles de pensamientos se dan lugar en mi cabeza. Siento una nube negra que me impide ver la luz del día. Hasta que, de pronto, veo una mano clavada a un madero seguida de una imagen que, siendo una sutil paradoja, representa lo que se supone que es una buena muerte. Miro tu rostro y todo el ruido que me inquieta ahora se hace silencio. El tiempo se paraliza y no hay nada más que tu mirada frente a la mía. Y no hablo de una mirada física, sino de una mirada que se produce en el rincón más escondido del alma. Tus ojos miran fijamente a los míos y en un aliento me dicen que todo está bien, que estás ahí y no me vas a soltar nunca de la mano. Es de tal magnitud lo que siento que me cuesta creerlo. Abrazas hasta el último rincón de mi alma, aquel del que me avergüenzo y que no quiero mostrar a nadie, y Tú te quieres quedar en él curando mis heridas.

Me cuesta creer que Tú, omnipotente y dueño de todo, hasta del primer y último aliento de una vida, tengas sed de mí. ¿Quién soy yo, Padre? ¿Quién

soy para creerme merecedora de tu Eternidad? Señor, no soy digna de que entres en mi casa, pero te prometo que una sola palabra tuya bastará para sanarme.

En la capilla sigue reinando el silencio y tratando de abstraerme a la realidad, siento cómo ahora todo es paz. Gracias por el misterio de la fe. Gracias por permitirme escuchar el golpe de tus nudillos en la puerta de mi corazón. En mi pequeñez nunca tendré acto suficiente para agradecer que siempre me llares; que lleves tatuado mi nombre en las palmas de tus manos y que no me ames tal y como soy, sino que siempre me sueñes mejor. Gracias por la vida; gracias por mi familia; por la oportunidad de descubrir cada día mi vocación en esta facultad; por las manos amigas que en tu nombre nunca me sueltan; por las caídas al fondo del pozo que me hacen sentir más si cabe que te necesito y que no puedo creerme en la soberbia de vivir sin ti; gracias por cada lágrima, cada noche oscura y por la inmensa necesidad de ponerme de rodillas ante ti.

Si te doy las gracias, respiro tranquila. Pero hay una espina que sigue clavada en el fondo de mi corazón. Una espina que parece bonita porque al igual que decora el tallo de una rosa, también completa el sentido de mi relación contigo, pero preferiría que no existiera: la espina del pecado. No sé cómo lo hago, Padre, pero siempre acabo cayendo y fallándote. Sé que me vas a perdonar, pero no quiero hacerte daño, no quiero correr a tus brazos ignorando que actúo a tus espaldas y que hay veces que no me acuerdo ni de tu nombre o no sé defenderlo como quisiera. No me siento digna de llamarme “Hija de Dios”. Y, aun así, me susurras que hay una solución para todo ello, la posibilidad de que mi corazón sienta en carne viva cómo tu misericordia entra en mi casa. Tal cual. Como si no hubiera pasado nada. Y todo por el mero hecho de que me amas; de que sigo los pasos del hijo pródigo y Tú eres el padre que en su eterno amor no puede girarme la mirada, que me esperas a cada instante con los brazos abiertos. La solución a esa espina, tan sencilla y compleja: la confesión. Perdóname, Jesús, nunca me niegues tu misericordia, no podría vivir sin ella, me ahogaría en este mar de dolor. Perdona mi avaricia, mi egoísmo y también mi omisión. Olvida mis pecados, que cada uno de ellos me pesan en el corazón. Quiero disfrutar de tu presencia aquí en la tierra y también en el Reino de los Cielos, sentir que cada día es un regalo de tu mano y que, con cada despertar del sol, nos brindas una nueva oportunidad para renacer y crecer en tu amor.

Siento que el tiempo de silencio frente a tu mirada se me agota, y ya colmada con la gracia de tu perdón y palabra no quiero irme sin antes

pronunciar un “por favor”. Me dijeron una vez que existía una fuerza imparable por la que el mundo se regía y que pintaba todo de colores, y esa fuerza es el amor. Quiero rogarte por el amor al prójimo y el que nos debemos predicar a nosotros mismos; el amor que se derrama en cinco lágrimas de cristal que resbalan por tus mejillas, Señora de la Angustia; quiero rogarte por el amor mientras lleve el calificativo de arrasador e imparable, de puro y verdadero, de eterno y libre, de firme e inocente; rogarte para que nuestras jóvenes manos puedan mostrarlo y llenar con él la vida de quienes no te conocen, que seamos una gota en ese inmenso mar que menos sería si no formáramos parte de él; que el amor todo lo arrase, todo lo pueda y todo lo llene.

Ya fuiste Tú el primero que nos enseñó a ello: a amar sin medida y sin miedo, abrazando la libertad y no el libertinaje, cargando con nuestra Cruz porque nosotros así lo elegimos y siguiéndote con ella hacia donde nos guíe la voluntad de Dios.

***Creo, Señor, pero dame tú la fe que me falta.***

Así sea.